

Para una “*theologia cordis*”

P. FERNANDO RODRÍGUEZ GARRAPUCHO, SCJ
Universidad Pontificia de Salamanca

En el ámbito de la teología y de la espiritualidad lo que queremos decir los cristianos con la expresión “Theologia cordis” nos sitúa ante una realidad a la vez difícil y sencilla de describir. Sencilla porque la palabra “corazón” evoca algo que toda persona experimenta natural y espontáneamente en sí misma: cuando hablamos de “corazón” la afinidad entre expresión y experiencia propia parece evidente. Pero difícil cuando percibimos que lo que llamamos “corazón” según nuestra experiencia humana es una dimensión misteriosa de nuestro ser. Dice un autor ruso: “El corazón es el centro, no sólo de la conciencia, sino también de lo que no es cognoscible, no sólo del alma, sino también del espíritu, no sólo del espíritu, sino también del cuerpo, no sólo de lo que es aprehensible con el intelecto, sino también de lo que es inaprehensible; en una palabra, él es un centro absoluto”¹. Lo cual se complica cuando comprobamos que nuestra percepción humana de corazón no siempre coincide en sus contenidos con lo que podemos

¹ B. VYSESLAVCEV, “Il cuore nella mistica cristiana e indiana”, en AA.VV., *L'intelligenza spirituale del sentimento*, Roma 1995, 35.

aplicar a Cristo, el Dios encarnado, Dios hecho hombre “con un corazón”. No siempre la Revelación coincide con nuestras experiencias humanas, en cuanto que con frecuencia las desborda hacia horizontes insospechados.

De este modo percibimos que el saber más hondo de lo que significa y evoca una teología del “Corazón de Dios” (y del hombre) no podemos descubrirlo sólo a partir de nuestra inteligencia o de las fuerzas de nuestro intelecto. Como ocurre con todo lo más profundo y verdadero que experimentamos en nuestro interior, no lo conquistamos, hemos de esperar que se nos revele a partir de sí mismo. Si esto es así, para saber qué es lo que decimos nosotros y que es lo que nos dice de sí el Corazón de Dios en el Corazón del hombre Jesús, deberemos acudir a la autorevelación de Dios en su Palabra, su Verbo divino hecho persona humana. Entonces, vemos que la Palabra de Dios hecha humanidad en Jesús de Nazaret con este término nos está diciendo cosas esenciales de Dios, pero también del hombre y de toda la realidad. Para la fe cristiana una *Theologia cordis* debe comenzar siempre por la escucha atenta de Sagrada Escritura, fuente primaria de todo conocimiento sobre el Dios revelado en Jesucristo.

1. El “corazón” en la Biblia

La Sagrada Escritura contiene toda una “doctrina del corazón” para hablar de Dios y del hombre. Esto sucede en ambos Testamentos con admirable continuidad. En la doctrina bíblica sobre el corazón se manifiesta una *antropología*, que a su vez surge de un *concepto de Dios* que tiene como centro la idea de “misericordia”, que se derrama en el hombre, creado *a su imagen y semejanza*, desbordando el amor divino que constituye su propio ser².

²C. L. SUAREZ CODORNIÚ, *Un acercamiento bíblico a la Theologia cordis*, en: *Seminario teológico Theologia cordis, Lisbona, 9-14 Marzo 2008*, Centro Generale Studi SCJ, Roma 2009, 67-82; W. Kasper, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2014, 47-130.

1.1. El “corazón” en el Antiguo Testamento

Tenemos que empezar por examinar el término en las lenguas de la Escritura³. Primera sorpresa: en hebreo, lengua principal del AT, la palabra corazón tiene un significado diverso del que tienen nuestras lenguas modernas. En nuestro lenguaje esta palabra está ligada a la vida afectiva: el corazón ama, añora, teme, odia. Pero no tiene que ver por ejemplo con la actividad intelectual. En hebreo, sin embargo, la palabra tiene un sentido mucho más amplio, y con esta mentalidad se va a usar cuando el pueblo de Israel habla y escribe en lengua griega. Para el hombre de la Biblia corazón evoca todo el mundo interior del hombre: pensamientos (Mc 8, 17: “¿todavía no comprendéis? ¿tenéis embotado vuestro corazón?”), recuerdos, sentimientos, proyectos, sabiduría. Así, “anchura de corazón” es sinónimo de “saber mucho” (1 Re 5,9), “dame tu corazón” significa: préstame atención (Prov 23, 26), o “corazón endurecido” quiere decir: espíritu cerrado (Hech 7, 51).

Ya por estos rasgos que acabamos de ver podemos observar que el corazón en la Escritura tiende a expresar toda la personalidad y el centro de la conciencia del hombre, el lugar donde libremente ejerce sus opciones más vitales⁴. Porque esto es así es por lo que el corazón, según el hombre bíblico, no es algo que se vea en directo, sino que se sustrae a las miradas. Para verlo el hombre debe manifestar lo que hay dentro de su interior, y sólo así se conoce de verdad a la persona en su más íntimo ser. De esta forma, para la Biblia el corazón se muestra en el rostro: “el corazón del hombre transforma su semblante, tanto para bien como para mal” (Eclo 13, 25); en los labios: “el corazón del sabio hace prudente su boca” (Prov 16, 23) y en los actos: “El hombre bueno, del tesoro de bondad del corazón saca lo bueno, y el malo, de la maldad saca lo malo, pues su boca habla de lo que abunda en su corazón” (Lc 6, 45). Y al contrario, el hombre tiene la capacidad de aparentar y disimular su corazón (Prov 26, 23-26; Eclo 12,

³ Cf. X. LÉON-DUFOUR, “Corazón”, en: *Vocabulario de Teología bíblica*, Herder, Barcelona 1967, 159-161.

⁴ Cf. A. POMPEI, “corazón” en: L. BORRIELLO – E. CARUANA – M. R. DEL GENIO – N. SUFFI (dirs.), *Diccionario de mística*, s. Pablo, Madrid 2002, 478-482: “La persona humana ... posee verdaderamente en sí un fondo ... anterior a la pluralidad de los elementos que la componen. Esta profundidad, en cuanto experimentada por el hombre como ‘centro’ originario de la persona psicosomática, es la que se designa con la palabra corazón”, 479.

16). Un corazón con dobleces es aborrecido y denunciado como un gran mal en toda la Escritura (Eclo 27, 22-24; Sal 28, 3). La causa es clara: “El origen de la soberbia humana radica en apartarse del Señor, en alejar el corazón del Creador” (Eclo 10, 12).

Si el corazón es el centro del ser más íntimo del hombre no es de extrañar que sea en él donde el hombre encuentra el mejor lugar para su relación con Dios y donde se juegue la autenticidad de esta relación. A Dios no se le puede engañar como a los hombres porque “el hombre mira a las apariencias, pero Yahvéh mira al corazón” (1 Sa 16, 7). Dios “escudriña el corazón y sondea los riñones” (Jer 17, 10; Eclo 42, 18; Sal 7, 10) y desmascara las relaciones falsas: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (Is 29, 13). Jeremías sabía por experiencia que la relación con Dios no es, por tanto, neutral sino que supone *arriesgar el corazón*.

A la vista de esta perspectiva, no es casual que, a medida que Dios se fue revelando, el pueblo de Israel fuera interiorizando su religión y comprendiera que a Dios no le puede bastar un culto exterior. A Dios sólo se le encuentra si se le “busca con todo el corazón” (Dt 4, 29). El pueblo para vivir su fe de modo auténtico tiene que “fijar su corazón en Yahvéh” (1 Sa 7, 3) y sobre todo “amar a Dios con todo su corazón” (Dt 6, 5). Cuando no vive la Alianza es consciente que el mal ha afectado a su corazón, y así lo sufre el mismo Dios: “este pueblo tiene un corazón rebelde y contumaz” (Jr 5, 23), “un corazón incircunciso” (Lev 26, 41), “un corazón con doblez” (Os 10, 2). Los profetas le tienen que reprochar a Israel: “han seguido la inclinación de su mal corazón” (Jr 7, 24; 18, 12) y por eso les viene la calamidad. “Más engañoso que todo, es el corazón, y sin remedio”, exclamará Jeremías (Jr 17, 9). ¿Qué tendrá entonces que hacer Israel? “Desgarrar su corazón” (Jl 2, 13) y presentarse ante Dios “con un corazón contrito y humillado” (Sal 50, 19) rogando al Señor les conceda “un corazón puro” (Sal 50, 12).

Puesto que Dios no quiere la destrucción de Israel “sino que se convierta y viva” sólo pensar en su ruina hace que le de “un vuelco el corazón” (Os 11, 8). Si le ha castigado y conducido al desierto es para “hablarle al corazón” como hace el esposo con la esposa (Os 2, 16). De ahí la promesa de una nueva Alianza, que será obra de Dios mismo: “circuncidará tu corazón y el corazón de tus descendientes para que ames a Yahvéh, tu Dios, con

todo tu corazón y con toda tu alma, y vivas” (Dt 30, 6). Esta nueva Alianza excluirá toda rebeldía pues Dios “pondrá su ley en el fondo de su ser y la escribirá en su corazón” (Jr 31, 33). Y todavía más, Dios le dará a Israel otro corazón para conocerle (Jr 24, 7; Dt 29, 3). Aunque el Señor manda “formaos un corazón nuevo” (Ez 18, 31), él mismo promete realizar lo que ordena: “os purificaré y os daré un corazón nuevo, pondré en vosotros un espíritu nuevo; quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Ez 36, 25ss), con lo cual la verdadera relación con Dios será entonces posible.

1.2. El “corazón” en la palabra y la misión de Jesús

La *Theologia cordis* tiene su centro en la comprensión del modo en que Jesús de Nazaret, Dios en nuestra humanidad, ha mostrado su corazón a través sus palabras, intenciones y obras (*ipsisima verba, facta, intentio Jesu*). Todas las promesas proféticas de un nuevo reino cuya ley estaría “escrita en los corazones” estaban esperando la llegada del Mesías, y nosotros, cristianos, las vemos realizadas en Jesús, el Cristo. Cuando él comienza a predicar el Reino de Dios en torno al lago de Galilea no es casualidad que comience poniendo en guardia contra la exterioridad y el formalismo religioso de los fariseos. En su enseñanza, Él llamará la atención sobre el verdadero mal, que se encuentra en el corazón: “del corazón provienen los malos pensamientos, los homicidios los adulterios...; esto es lo que hace impuro al hombre” (Mt 15, 19s). Jesús pide de forma enérgica la unidad del corazón en el hombre, la unidad de palabra y de obra, “porque lo decisivo no es la acción externa prescrita por la ley sino las acciones buenas o malas que proceden del corazón (Mt 7, 1-23). La ‘justicia mejor’ exigida en el sermón del monte significa esta exigencia sobre la totalidad”⁵. Jesús instruye a los suyos también sobre cómo se debe recibir la Palabra de Dios, “con un corazón bueno y noble” (Lc 8, 15). Cuando le preguntan en calidad de rabino

⁵ P. HOFFMANN, “Corazón”, en: H. FRIES, *Conceptos fundamentales de la teología I*, Cristiandad, Madrid 1979, 251. El autor añade: “Estas acentuadas exigencias sobre el corazón en la predicación de Jesús no indican un mero espiritualismo; presupone el Maestro siempre la acción humana, pero quiere evitar que se convierta en mentira e hipocresía. Muestra un conocimiento profundo acerca del hombre, que únicamente puede recibir salvación cuando encuentra su totalidad”.

por lo esencial de la ley, él responde con lo que para él es el centro de toda la Escritura: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma” (Mt 22, 37). Parte de su programa para traer el Reino de Dios es la reconciliación y el perdón: hay que perdonar al hermano “de corazón” (Mt 18, 35). Y por eso proclama como bienaventuranza: “dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”. Lo podrán ver como él lo ve, pues él mismo se define como “manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29) y quien le sigue con esas mismas actitudes tendrá la luz de la vida.

Cuando la venida del Reino de Dios en la persona de Jesús llegó a su máxima expresión por el misterio de su paso de la muerte a la vida, la revelación de Dios presentará ante nuestros ojos al Mesías crucificado en el que según el evangelista Juan: “mirarán al que traspasaron”; un Mesías en la cruz con el corazón abierto (Jn 7, 38; 19, 34), quien “habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo”. En la visión de la herida del corazón de Jesús según s. Juan, abierto en la cruz, brotaron “sangre y agua”, los dos símbolos principales de la Alianza⁶. Entra aquí en escena para una *Theologia cordis* la mirada de los santos Padres, quienes sitúan en esta *fuentes* el origen de la Iglesia como el nuevo pueblo de Dios, nacido de “la nueva Alianza en su sangre”. Los Padres de los primeros siglos lo reflejaron en admirables comentarios ante este pasaje juánico. Es lo que se ha dado en llamar la “ecclesia ex latere Christi” en la doctrina patrística⁷. Y cuando Dios iluminó la cruz con la luz de la resurrección y los discípulos tienen problemas para creer, él les reprocha su “dureza de corazón”, pues no han creído el anuncio de su resurrección y se han encerrado en sus miedos, olvidando sus promesas (Mc 16, 14). Camino de Emaus, vuelven a verlo, y los discípulos exclaman: “¿no ardía nuestro corazón en nuestro interior?” (Lc 24, 32). ¡Tan grande es la nueva Alianza fundada en el sacrificio de aquél al que el oprobio y el sufrimiento destrozaron el corazón (Sal 69, 21)! Del corazón herido y traspasado de Jesús nace el hombre de corazón nuevo,

⁶ A. CARMINATI, *È venuto nell'acqua en el sangue. Riflessione biblico-patristica*, EDB, Bologna 1978, 19-87.

⁷ Así lo ve, recogiendo una honda tradición, la constitución *Sacrosanctum concilium* del Vaticano II, en su n. 9, cuando afirma que: “Del costado de Cristo, dormido en la cruz, nació el sacramento admirable de la Iglesia entera”. Cf. S. Tromp, “De Nativitate Ecclesiae ex Corde Iesu in Cruce”, en: *Gregorianum*, XIII (1932) 489-527.

a imagen del hombre nuevo, que es Jesucristo resucitado. Y a partir de ahora, el Resucitado “habita por la fe en el corazón” de los creyentes (Ef 3, 17).

1.3. El “corazón” en la Iglesia naciente

Los escritos canónicos de los primeros cristianos que reflejan la conciencia de la Iglesia naciente forman el Nuevo Testamento. Allí el término griego “kardía” aparece en todos los libros que forman el corpus neotestamentario⁸, con excepción de algunas de sus cartas más cortas (Tito, Filemón, 2ª y 3ª de Juan, Judas). Son 157 veces las que se habla del corazón, destacando el evangelista Lucas como autor que más veces lo emplea (22 en su Evangelio y 21 en Hechos). El uso de esta palabra en la lengua del NT tiene, sin embargo, muchas resonancias de los escritos judíos. Aquí la palabra “kardía” no significa, como en la comprensión griega, el órgano físico y sede de los sentimientos anímicos, sino que posee toda la carga de significado que los judíos dan a su término hebreo “leb” (lebab). Así “corazón” significa el interior del hombre, la sede del entendimiento, del conocimiento y de la voluntad, hasta llegar a abarcar la conciencia moral. Por eso 1 Pe 3, 4 se refiere al “yo” del hombre cuando habla de “la personalidad oculta del corazón”. Tanto que el corazón es el lugar donde se oculta lo más profundo de la conciencia del hombre: ante lo sucedido con el nacimiento del Bautista “todos los que lo oían reflexionaron en su corazón” (Lc 1, 66) y María “guardaba todas estas cosas en su corazón” (Lc 2, 51). Es el lugar de la experiencia más profunda: “no digas en tu corazón: ¿quién subirá al cielo?” (Rm 10, 6).

Muchas veces nuestros traductores traducen “kardía” por “tus adentros” (Ap 18, 7), “tu interior” (Hech 5, 4). Y por eso el vigor de la fe en Dios y en su Hijo Jesucristo no puede proceder sino del corazón, de la “obediencia del corazón” (Rm 6, 17), lo mismo que la caridad “que brota de un corazón limpio” (1Tim 1, 5; 2 Tim 2, 22; 1 Pe 1, 22). Por este carácter de interioridad se habla en el NT en sentido figurado del corazón de la tierra (Mt 12, 40) o de lo que se pone en contraste con lo exterior:

⁸ Cf. A. SAND, *kardia*, en H. BALZ – G. SCHNEIDER (eds.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1996, 2195-2199.

“los que se enorgullecen de apariencias externas y no de lo que tienen en el corazón” (2 Cor 5, 12). Cuando la palabra corazón sustituye a la persona, haciendo de pronombre, le da una expresión más vigorosa, Jn 16, 22: “os veré de nuevo y se alegrará vuestro corazón”: Jesús dice que se alegran sus discípulos pero en su más íntimo centro, en su corazón. S. Pablo, en la primera carta que conocemos de él, dice que es Dios mismo “quien examina nuestros corazones” (1 Tes 2, 4).

Además de un significado antropológico “kardía” tiene para los primeros cristianos un sentido teológico de gran peso. Porque el corazón es el lugar del encuentro con Dios y el lugar donde se decide en sentido positivo o negativo la orientación de toda la persona, su vida religiosa y su vida moral. Por eso nos aparecen ya usos litúrgicos en el NT que hablan de corazón para hablar de los creyentes. Son fórmulas de bendición que piden fortalecer, elevar y alentar el “corazón” de los seguidores de Jesús: (1 Tes 3, 11-13; 2 Tes 2, 16-17; 3, 5). San Pablo puede sufrir la ausencia física de su comunidad de Tesalónica, pero lo decisivo es el vínculo espiritual que tiene su fundamento en su “kardía”: “huérfanos de vosotros... en la presencia física, mas no en el corazón” (1 Tes 2, 17), lo cual nos muestra como para Pablo el corazón es el centro de la persona de donde brota la verdadera unión y fraternidad cristiana.

En adelante la fe no puede sino ser una *adhesión del corazón*. S. Pablo lo expresa así: “si tu corazón cree que Dios lo resucitó de entre los muertos te salvarás. Porque la fe del corazón obtiene la justicia” (Rm 10, 9s). Son muchas las veces que san Pablo hablará del corazón en sus cartas (15 veces en Rom, 16 en las dos cartas a los Cor). Pablo mantiene el uso tradicional judío: con este término contempla al hombre en su totalidad y al creyente en su totalidad. Por eso, “el divorcio, tan cargado de consecuencias para las discusiones teológicas posteriores entre lo interior y lo exterior, entre fe y obras, saber y querer, no tiene para él todavía significación alguna”⁹. En el corazón está la ley no escrita (Rm 2, 15). Porque los paganos no han honrado a Dios “se oscureció su insensato corazón” (Rm 1, 21). Pero también los judíos tienen un corazón impenitente, no alcanzan la salvación, porque su circuncisión no es del corazón: no les afecta en lo profundo de su ser. Sin embargo, por la fe se iluminan “los ojos del corazón” (Ef 1, 18); por

⁹ P. HOFFMANN, *op. cit.*, 251.

la fe habita Cristo en los corazones (Ef 3, 17). Y es en los corazones de los creyentes donde se derrama un espíritu nuevo, “el Espíritu del Hijo, que clama: Abbá, Padre” (Gál 4, 6) y con este Espíritu se derrama en los corazones “el amor de Dios” (Rm 5, 5). Cuando esto sucede “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guarda nuestros corazones” (Flp 4, 7). Es el corazón humano de donde proceden los pecados y el endurecimiento (2 Cor 3, 14-15; Rm 2, 5). Por eso toda conversión tiene que comenzar por el corazón: “Dios pondrá de manifiesto los proyectos de los corazones” (1 Cor 4, 5)¹⁰.

En otros escritos más tardíos del NT permanece la misma idea o concepto de corazón de la mentalidad judía. “Kardía” es el centro del hombre, un centro desde el cual él determina su vida y donde tienen lugar sus relaciones más íntimas con Dios y con el prójimo. Es verdad que es un concepto “tal vez extraño para nosotros, pero familiar para los pueblos de mentalidad primitiva y no de poca importancia para la recta comprensión del hombre y de su esencia”¹¹. Vemos entonces como todo escritor de la Biblia pudo llegar a este concepto de corazón en virtud de su concepción del hombre, que acostumbra a ver lo corporal y lo espiritual en unidad originaria, nunca como una mezcla de cosas separadas. Una *Theologia cordis* tiene como fundamento esta característica de la antropología bíblica¹².

2. La *Theologia cordis* del periodo patrístico y medieval a nuestro días

Puesto que aquí sólo podemos presentar un resumen sobre un gran periodo de tiempo, hay que decir que los santos Padres, a partir del s. III se van a servir en su teología del corazón de la tendencia helenística estoica que contempla en el corazón la sede de la mente o inteligencia, y esto sobre todo se da en los padres alejandrinos, destacando Orígenes y su discípulo san Gregorio de Nisa, también Dionisio areopagita o Evagrio Póntico. En Occidente se sigue esta tendencia pero san Agustín se inclina más bien

¹⁰ Cf. E. BISER, “Credere con il cuore. Paolo creatore di una Theologia cordis”, en AA.VV., *Antonio Rosmini, filosofo del cuore?* (a cura di G. Beschin) Morcelliana, Brescia 1995, 59-75.

¹¹ P. HOFFMANN, *op. cit.*, 248.

¹² C. GHIDELLI, *Cuore a cuore. Riflessioni bibliche*, Vita e Pensiero, Milano 2000.

por la acepción bíblica de corazón y ve en él la totalidad de la persona, su centro y más profunda intimidad, pues en él habita Dios (*intimior intimo meo*). Esta concepción del corazón va crecer sin embargo también en Oriente y se afianzará entre los siglos V a VIII, sobre todo con san Nilo y san Juan Clímaco o Diadoco de Fotice, desembocando a través de estos autores en la espiritualidad bizantina. La teología del corazón va a triunfar en la tradición hesicasta¹³ “en la que el corazón, entendido en sentido bíblico, adquiere una posición central en la vida interior”¹⁴.

A partir de aquí, la antropología cristiana oriental reafirmará el primado de la persona, la unidad de fondo de la naturaleza humana y la relación sustancial entre cuerpo, alma y espíritu¹⁵. Dicha idea concibe a la persona llamada a la plenitud mediante el proceso de *deificación* o *participación* en la naturaleza divina, es decir, la transfiguración de la humanidad en el templo de la gloria de Dios. La metáfora y el símbolo que mejor define este concepto cristiano de persona es “corazón”. Así se muestra en la tradición de la *filocalia*, donde el centro misterioso del hombre, de su corporeidad viviente, el lugar de la insondable belleza humana, es el corazón. En los últimos dos siglos, en el ámbito eslavo, sobre todo ruso, se ha elaborado una “filosofía del corazón” que representa como la sedimentación moderna de un pensamiento antropológico que tiene su fuente generadora en la filocalia. Para los autores filocálicos y hesicastas se ha de realizar una lectura de las Escrituras “*sub specie cordis*”, para comprobar que el corazón es la parte del hombre en la cual se manifiesta Dios¹⁶. Por eso un s. Serafín de Sarov llamará al corazón “el altar de Dios”, a la luz del aforismo evangélico: “El reino de Dios está dentro de vosotros” (Lc 17, 21)¹⁷.

¹³ *Hesykia*, es decir, quietud interior del corazón, o recogimiento interior, al que se llega mediante la *nepsis*, o sobriedad, templanza, lucidez, atención al corazón y vigilancia. La forma más emblemática de este ejercicio de la ascesis es la conocida como “oración del Nombre de Jesús”, denominada también “oración del corazón”, promovida sobre todo por s. Gregorio PALAMAS. Cf. M. BRUNINI, *La preghiera del cuore nella spiritualità dell’Oriente cristiano*, Ed., Messaggero, Padova 1997.

¹⁴ A. POMPEI, “corazón” en: *Diccionario de mística*, 482. Cf. T. Spidlik, “La Theologia cordis nella tradizione patristica”, en AA.VV., *Antonio Rosmini, filosofo del cuore?*, op. cit., 77-92.

¹⁵ Cf. N. VALENTINI, “La nascosta bellezza del cuore. Dalla Philokalia al pensiero ruso”, en: *Seminario teologico Theologia cordis, Lisbona, 9-14 Marzo 2008*, Centro Generale Studi SCJ, Roma 2009, 45-66.

¹⁶ Cf. P. FLORENSKIJ, *Il cuore cherubico. Scritti teologici e mistici*, (a cura di N. VALENTINI e L. ZAK) Piemme, Casale Monferrato 1999, 176ss.

¹⁷ Para una visión de conjunto cf. E. BEHR-SIGEL, *Il luogo del cuore. Iniziazione alla spiritualità ortodossa*, Ed. Paoline, Cinisello Balsamo 1993.

Tal tradición supone toda una *theologia cordis* o *philosophia cordis* que parte de la tradición bíblica y patrística, ascética y espiritual, que ha sabido conjugar el valor de la interioridad con el de la libertad del cristiano, tal como la plantea ya san Pablo. Es sobre todo san Agustín de Hipona quien la desarrolló en el Occidente latino e hizo que llegue a toda la cultura teológica y antropológica de la modernidad. Desde Blaise Pascal va a pasar a Schelling, a S. Kierkegaard y a pensadores del siglo XX como Rosmini, R. Guardini, S. Weil o E. Stein. Todos estos autores han reubicado el centro de su pensamiento en el nexo interioridad-persona¹⁸. Pero en otra línea, la evolución de la espiritualidad occidental va a identificar el término “corazón” con el amor o la voluntad. Aparece en las tendencias medievales afectivas, como en el caso de los cistercienses en los siglos XII-XIII, los franciscanos y sobre todo la espiritualidad carmelitana.

La explosión que en Occidente hace popular una concepción de Cristo (y de Dios) a través de la imagen de su Corazón (y con ello de la persona del cristiano) vendrá de la mano de santa Margarita María y el jesuita san Claudio de la Colombière en el siglo XVII. Huyendo de las exageraciones voluntaristas junto a un ascetismo radical del jansenismo, quieren restaurar *la religión del amor*, cuyo símbolo más expresivo es el Corazón de Jesús, cuyos latidos envueltos en llamas de amor y misericordia se encuentran sobre todo en la Eucaristía. A partir de aquí se da en la Iglesia católica toda una teología del Corazón de Cristo que desemboca en una espiritualidad y un culto creciente entre los fieles más sencillos hasta nuestros días.

3. Problemática del “corazón” en la modernidad

Al decir de los que han estudiado la filosofía en la modernidad, hay en ella un problema antropológico, fruto del rumbo que ha tomado la filosofía al rebufo de las ciencias empíricas. Lo peligroso es que el concepto de persona es el que está en peligro, y por tanto se ha problematizado el concepto de corazón. “El pluriforme desplegarse de las muchas corrientes de la filosofía analítica y de las variadas técnicas hermenéuticas, en la búsqueda

¹⁸ L. BOELLA, *Cuori pensanti* (H. Arendt, S. Weil, E. Stein, M. Zambrano), Ed. Tre Lune, Mantova 1998.

de un especialismo cada vez más exasperado, ha hecho desdibujar *la idea del conjunto* y de la *unidad integral* de la conciencia y de la persona”¹⁹. Así se ha originado una pérdida del centro, de una visión de conjunto de la persona, se ha esfumado el significado de la interioridad, de la inteligencia del corazón, y en general de la inteligencia espiritual del sentimiento. Fascinados por la técnica y por un creciente egocentrismo que lleva al subjetivismo en la forma de contemplar la realidad, crecen hombres frágiles, en los que todo es relativo, fragmentario, imbuidos de una mentalidad utilitarista, con miedo hacia el futuro, viviendo en la banalidad de una cultura de un innecesario consumismo, sometido a la hiperestimulación de los medios y sin una orientación del fin último de su vida, por la precariedad de las creencias. De ahí que hoy se esté recuperando la necesidad imperiosa de educar en la interioridad (Ch. Taylor) y de volver a encontrar lo que al hombre le hace ser en la profundidad de su constitución. Pues “solamente un corazón que se abre desde el interior a todos los seres y al Misterio divino que le habita puede llegar a ser él mismo, pura diafonía”²⁰.

En este ambiente, la espiritualidad y teología del Corazón de Cristo ha sido desacreditada en la cultura moderna como algo ya desfasado, y como una devoción y forma religiosa sentimental, sin fundamento sólido en la Escritura y la teología. No se puede ocultar que, al menos en la cultura occidental, desde mediados del siglo XX ha sufrido una seria crisis debida a muchas razones, culturales, eclesiales y teológicas. No es de extrañar, pues, que haya algún teólogo que vea la necesidad de que esta espiritualidad deba “ser repensada radicalmente y resituada desde un punto de vista propiamente teológico, pero también antropológico”²¹.

Para reconstruirla se impone primero, según el teólogo belga J. Famerée, una inicial crítica de de-construcción. Partimos del hecho de que la cultura moderna, a partir del Renacimiento se ha afianzado en Occidente mediante una triple separación y reclamación de autonomía respecto a la religión: autonomía de las ciencias, de la política y de la vida social y

¹⁹ N. VALENTINI, “La nascosta bellezza del cuore. Dalla Philokalia al pensiero ruso”, *op. cit.*, 46.

²⁰ Cf. M^a JOSÉ MARIÑO, *Recuperar el corazón. La interioridad como cuestión hoy*, citaré por: *Selecciones de Teología*, vol. 56, n. 221 (2017) 43-53. Texto original en: *Revista de espiritualidad*, 75 (2016) 161-187.

²¹ J. FAMERÉE, “‘Theologia cordis’. Por une réinterprétation”, en: *Seminario teológico Theologia cordis, Lisboa, 9-14 Marzo 2008*, Centro Generale Studi SCJ, Roma 2009, 17-30, aquí 18.

cultural (sobre todo en materia moral). Es lo que también podemos llamar proceso de *secularización*. Sin embargo, sorprendentemente, la así llamada post-modernidad manifiesta una revalorización del “sentimiento” y de lo “sagrado” hacia una especie de “re-encantamiento” del mundo, como revancha por el desencanto de la realidad que ha operado la ciencia y la técnica. De ahí el renacer de fundamentalismos en todos los órdenes. Junto a ello surge el individualismo, también religioso, que ha operado el fenómeno del “cuidado de sí mismo”, como forma de enfrentarme al mundo y a los otros. En ese contexto ha sido normal la acusación hacia las formas de la devoción del Corazón de Jesús de sentimentalismo pietista, de un lenguaje demasiado dulce y amanerado, y otras veces dolorista. En Francia existió el problema de una espiritualidad del Corazón de Jesús ligada a la anti-revolución francesa y a la restauración de la monarquía, con lo cual se politizaron los símbolos y la doctrina²².

Pero no sólo ha habido un alejamiento de esta *Theologia cordis* referida a Cristo por razones culturales sino también teológicas: en ella se daba demasiada concentración cristológica, provocando un déficit trinitario en el concepto de Dios, en detrimento de la consideración del Padre y el Espíritu; junto al menos dos desequilibrios cristológicos: el “Sagrado Corazón” parecía estar despegado de la totalidad de la persona histórica de Jesús; por la insistencia en la consolación de Jesús en el huerto de los olivos y la reparación de las injurias esta devoción tenía el peligro de desequilibrar el misterio pascual, fijándose demasiado en la pasión sin atención a la resurrección. El otro desequilibrio tuvo que ver con la excesiva importancia dada a la Adoración eucarística en detrimento de la celebración del sacramento, que pasaba a un segundo plano. ¿Cómo intentar una reconstrucción de lo perdido por el camino?

La tarea parece conducirnos hacia una reinterpretación y revalorización cultural de esta rica espiritualidad para el hombre de hoy. En el plano lingüístico el corazón sigue siendo un símbolo que habla de forma muy relevante, que habla del fondo y el centro más profundo de la persona: el amor, las emociones, la valentía, la interioridad, etc. En las lenguas surgidas en Europa es así, pero sucede también en ámbitos culturales como

²² Cf. D. MENOZZI, *Sacro Cuore. Un culto tra devozione interiore e restaurazione cristiana della società*, Viella, Roma 2001.

en las lenguas africanas o de Asia. Hay todo un patrimonio lingüístico y cultural en torno al concepto “corazón” que permite ser explotado y renovado como base semántica de una espiritualidad también renovada. En el campo bíblico sucede lo mismo, y ya hemos visto cómo en la Escritura hoy se ha estudiado toda la riqueza de aspectos que abarca este concepto en la mentalidad de ambos Testamentos²³. Sin duda, el descubrimiento de la antropología judeo-cristiana con carácter holístico (unitario) ha contribuido también a hacer de dicha visión del hombre algo muy actual, frente al hombre moderno fragmentado por la visión de muchas especialidades científicas. Hoy se aspira a aprehender al hombre en la unidad de todas sus dimensiones, y la medicina ha tomado buena nota de esta unidad indisoluble entre lo sensible, afectivo, carnal intelectual y espiritual. En este contexto *una antropología del corazón* recobra todo su sentido humano y religioso.

Al decir de J. Famerée hay que tener en cuenta la dirección que toma la filosofía en manos de un hombre como Paul Ricoeur, quien devuelve al símbolo toda su fuerza evocadora y salvadora, pues sobre todo el símbolo “da que pensar”²⁴. De ningún modo el pensamiento a partir de los símbolos (en nuestro caso el corazón) tiene que ver con un pensamiento arcaico que la filosofía debe combatir y desmitificar. Pasados por la criba de la crítica moderna, los símbolos pueden ser escuchados en actitud de una “segunda ingenuidad” y entonces ellos pueden de nuevo admirar e interpelar, recrear su lenguaje, manifestar y desplegar su potencial y su impulso semántico, de modo que sean más y más significativos y aporten al hombre una riqueza más experiencial y holística que los conceptos. El símbolo conmueve a la persona entera, moviliza todas las dimensiones de su receptor. El símbolo “corazón” dice más que el concepto abstracto “amor”²⁵.

Así, Corazón de Jesús desde el punto de vista teológico y fenomenológico es símbolo del *Logos encarnado*, y nos llama a “una estética (percepción) cristológica de la fe”²⁶, que toma en serio la encarnación del Logos y busca pensar la figura de lo vivido por Jesús como afectividad y corporalidad de Dios, de modo que se corresponda con lo que vive el hombre de fe y así

²³ B. de GERADON, osb, *Le coeur, la langue, les mains. Une vision de l'homme*, DDB, Paris 1974.

²⁴ Cf. por ejemplo P. RICOEUR, *La symbolique du mal*, Aubier, Paris 1960.

²⁵ Cf. J. FAMERÉE, “Theologia cordis”. Por une réinterprétation”, *op. cit.*, 25-26.

²⁶ Cf. M. NERI, *Gesù, affetti e corporeità di Dio. Il Cuore e la fede*, Ed. Citadella, Assisi 2008.

deja atrás una teología intelectualista. Con ello quedan unidas la teología (el camino de Dios al hombre cuyo culmen está en la Encarnación del Verbo) y la antropología teológica, el camino del hombre hacia Dios.

4. Semántica para una teología del Corazón

Visto de forma resumida lo que la Revelación divina nos expresa en la Sagrada Escritura sobre el corazón, y el modo como se ha desarrollado en la historia, hasta llegar a la problemática de la posmodernidad, seguimos ahora al teólogo K. Rahner en algunos de sus escritos para esbozar unos apuntes que nos conducen hacia una semántica propia de una teología actual del Corazón de Dios que da fundamento a una espiritualidad vivida en la Iglesia²⁷. Señalemos los puntos firmes de esta semántica:

4. 1. *Corazón es un concepto primario*, una “proto-palabra”, dice Rahner. Es decir, pertenece a esas palabras que significan algo que ya se sabe de siempre, la definición detallada no las hace más inteligibles, porque su significado se comprende juntamente con la realidad que se intenta definir, se saben de forma intuitiva. Tiempo, espacio, ser, amor, conocimiento, son palabras originarias del mismo tipo. Por ser “corazón” una palabra originaria aparece en muchas religiones y en diversas manifestaciones culturales.

4. 2. *Corazón es un concepto primario que se refiere a la totalidad del hombre*. Se quiere decir que con este término designamos la realidad humana antes de distinguir entre su corporalidad biológica y su espíritu incorpóreo. Como cristianos estamos moviéndonos en el ámbito de una antropología bíblica, no dualista platónica. Con la palabra corazón designamos la realidad humana en su totalidad, en sus dos aspectos inseparables: alma y cuerpo. Si decimos pie y no pezuña, labio y no morro, pierna, y no pata, etc., es que lo físico del hombre es diverso de lo físico animal, porque el hombre es un todo inseparable. El hombre es espíritu en carne (espíritu

²⁷ Cf. K. RAHNER, “Corazón, II. Teología” en: *Conceptos fundamentales de la teología I*, Cristiandad, Madrid 1979, 252-259; Id., “Cor salvatoris”, en: J. STIERLI (ed.), Barcelona 1958; Id., *Escritos de teología III*, Madrid 1961, 369-392. Id., “Devoción al Corazón de Jesús”, en: *Escritos de Teología VII*, Madrid 1969, 517-546.

en el mundo), su cuerpo la cara externa, la objetivación de su espíritu. La palabra corazón designa la totalidad física-espiritual del ser humano.

4. 3. *La palabra “corazón” es un concepto simbólico real*, es decir, es un concepto que está simbolizando al hombre entero y lo hace realmente. El hombre es corazón en unidad indisoluble de realidad física y espiritual. Lo que es su más profunda “mismidad” lo manifiesta su corazón.

4. 4. *Como concepto primario, que apunta a la totalidad del hombre y símbolo real, el corazón significa el centro original de la persona*. Todo hombre tiene una experiencia no refleja, no temática, (no hecha consciente por los conceptos del pensamiento) de la unidad originaria de su esencia, y a eso llama precisamente “corazón”. Es la experiencia que todo hombre tiene de su centro personal, más allá de las divisiones entre músculo corporal y lugar de los sentimientos. Por eso decimos que es un concepto originario que muestra la conciencia de la unidad de toda la persona. El hombre experimenta su centro como centro de una persona corpóreo-espiritual.

4. 5. *Este centro íntimo primario de la persona está esencialmente abierto a Dios y a las otras personas*. Y esto, porque precisamente este centro personal no es una “cosa” objetiva. Es el centro íntimo, subjetivo, de donde mana la libertad del hombre. Por ser algo que trasciende lo objetivo y personal, hace que la persona se trascienda por y a través de su corazón. Y por eso él está siempre abierto a Dios. El corazón es el punto en el que el hombre, en su yo más propio y originario, limita con el misterio de Dios y con el encuentro con los demás hombres. Por eso, es en el corazón donde está en juego la libre apertura a los demás y a Dios en el amor, o el encerramiento aniquilante y autónomo en su propia finitud. Ello nos está diciendo también que, en principio, corazón y amor no son idénticos, porque también es real el corazón malo y perverso.

4. 6. *Cuando hablamos de Corazón de Jesús estamos ante el hecho de una auténtica revelación, es decir, un acontecimiento y una experiencia histórico-salvífica*. Dios, misterio incognoscible e indisponible por parte del hombre, al cual debemos temer, pues es quien nos juzga, se ha revelado en Jesucristo como la absoluta cercanía de un amor infinito. En Jesucristo

hemos experimentado que el centro de la realidad, lo más hondo de ella, no es lejanía ni juicio implacable, sino libre y misericordioso amor. Y esto lo podemos decir porque hemos conocido al Corazón de Jesús, el centro de su ser personal, simbolizado en un corazón corporal. Según esto, podemos decir que su corazón es adorable. Es el centro más íntimo de la persona del Dios hecho hombre; el lugar donde está concentrado todo su misterio divino-humano, el lugar privilegiado de la revelación de Dios como amor²⁸. Y ello produce la esperanza del cristiano, pues aunque fallemos en nuestro seguimiento de Cristo “tranquilizaremos nuestro corazón delante de él, sea lo que sea aquello de lo que éste nos acuse, porque Dios es más grande que nuestro corazón y lo sabe todo” (1 Jn 3, 19-20).

En conclusión, mientras exista el hombre, él hablará del corazón, y lo hará con esta palabra. Porque con ella designa su centro originario más auténtico, allí donde limita con el misterio del amor, con el misterio de su propio ser y el misterio de Dios. Mientras haya cristianos se adorará al Corazón de Jesús. Porque siempre que el hombre creyente quiera experimentar el centro del mundo y el centro de Dios como nuestra salvación, siempre que el cristiano quiera expresar su nueva humanidad obrada por el Dios misericordioso tendrá que decir: ¡Corazón de Jesús!

5. Elementos de una espiritualidad acorde a la *Theologia cordis*

5.1. Premisa

Una teología no es verdadera sino está avalada y nace de una espiritualidad. Por eso nos ocupamos de *la espiritualidad del corazón* que hace auténtica y eclesial una *Theologia cordis*. Podemos definir de forma sencilla y breve *espiritualidad* como la experiencia cristiana del misterio de Dios²⁹. Experiencia que supone un conocimiento personal, vivo y profundo de las

²⁸ Cf. F. Rodríguez GARRAPUCHO, *La cruz de Jesús y el ser de Dios. La teología del crucificado en E. Jünger*, UPSA, Salamanca 1992.

²⁹ Cf. Ch. H. BERNARD, *Il Cuore di Cristo e i suoi simboli*, Centro Cuore di Cristo editrice, Roma 1982.

verdades de la fe. El hombre espiritual es el que está abierto al misterio, que encuentra y ordena el sentido de su existencia a partir del misterio divino que lo envuelve. Para el cristiano, vivir una espiritualidad significa hacer coincidir el sentido espiritual de su vida con las mociones del Espíritu de Dios, que le llevan al seguimiento de Cristo, orientando toda su existencia hacia Dios Padre³⁰.

Si hablamos de *espiritualidad del Corazón de Jesús* tendremos que completar esta definición diciendo que es aquella experiencia del misterio cristiano que toma como centro la escena del corazón traspasado de Cristo en la cruz (Jn 19, 31-37). La espiritualidad del Corazón de Jesús se basa en lo que una gran parte de la tradición cristiana ha visto en el acontecimiento de la transfixión del costado de Cristo: allí se nos da la revelación de un misterio particular en el que se puede leer el conjunto del misterio de la fe, es decir, en el que se revela el amor de Dios hecho concreto en el hombre Jesús para la salvación de toda la humanidad. Por eso, el papa León XIII la calificará como “la espiritualidad más segura y útil para todos”; Pío XI llamará a esta devoción “un compendio del misterio de la fe” y “la mejor norma de vida”; Pío XII la calificará de “la más excelente manera de practicar el cristianismo”; y Pablo VI la considera “el medio más eficaz para la renovación que el Concilio Vaticano II nos exige”.

Si hemos de esquematizar varios momentos de tal espiritualidad en la historia bimilenaria de la Iglesia señalamos tres en forma resumida, puesto que hemos hecho alusión a ellos más arriba:

1) El periodo patrístico: la atención se fija en este momento en el drama del Calvario y en los símbolos de la sangre y del agua como fuente de los sacramentos cristianos: bautismo y eucaristía. Del costado del Salvador nace la Iglesia. La espiritualidad se mueve en el ámbito teológico-eclesiológico.

2) Edad Media: Se busca una espiritualidad de la interioridad e intimidad (*Gemütlichkeit*). Se persigue la unión a Cristo y aparece el Corazón como símbolo del amor. Es una espiritualidad que parte de un fuerte

³⁰ Cf. S de FIORES, “Espiritualidad contemporánea”, en: *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Paulinas, Madrid 1983, 454-475.

componente afectivo, pero está sostenida por un contenido doctrinal riquísimo. Se desarrolla sobre todo en ámbitos monásticos³¹.

+ S. Juan Eudes y sta. Margarita M^a de Alacoque: con ellos se pasa a partir del s. XVII a la devoción del Corazón de Jesús en sentido moderno. Comprende un culto a Cristo mediante el símbolo del Corazón y éste en el centro como signo del amor de Dios. La herida del costado abierto es el signo más elocuente del amor misericordioso de Dios. Se da unidad entre esta idea y la presencia de Cristo en la eucaristía, lo cual renovó la vida cristiana por el aumento de la frecuencia de la comunión. A partir de este tiempo se añade un elemento original a esta espiritualidad: un fuerte sentido del pecado y desarrollo del sentido de la solidaridad para reparar las ofensas hechas a Dios mediante prácticas particulares (hora santa, ofrecimiento, actos de desagravio, etc.). La devoción se hace popular, pasa a ser patrimonio del pueblo sencillo.

Pero, más allá de la historia, se hace necesario distinguir entre el culto, la devoción y la espiritualidad.

5.2. El culto al Sagrado Corazón

Si consideramos el culto como la expresión que indica la perspectiva bajo la cual es considerada la relación del fiel con el Corazón de Cristo, vemos que nos referimos al aspecto externo de esta relación. Este “culto” tiene su historia también concreta³², pues no siempre la consideración del Corazón de Jesús como un signo privilegiado de la revelación ha llevado en la Iglesia a un culto explícito. El culto hunde sus raíces en la mitad del s. XIV en Aquisgrán, donde a partir de 1353 da inicio un culto litúrgico y público al costado de Cristo en la cruz, con motivo de la fiesta de la

³¹ Cf. A. PERROUX, “Tradition et actualité de la mystique médiévale’ Saint Gertrude d’Helfta”, en: *Seminario teologico Theologia cordis, Lisboa, 9-14 Marzo 2008*, Centro Generale Studi SCJ, Roma 2009, 83-120.

³² Cf. P. V. BECK, ss.cc, *Le Coeur du Christ dans la mystique rhénane. Une page d’histoire et d’iconographie*, Strasbourg 1978.

reliquia de la Santa Lanza allí conservada en la capilla palatina. A ello se añade la fiesta de las cinco llagas, celebrada por las religiosas dominicas del Rin, desde Unterlinden hasta Colmar. Toda la tradición mística renana tiene mucho que ver con una espiritualidad del corazón.

Pronto nacerán los textos para el Oficio divino y la Misa, que, incorporando elementos de la tradición y de la Escritura, terminarán formando un cuerpo de celebración litúrgica a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Todo culminará con la institución de la fiesta del Sagrado Corazón para toda la Iglesia en 1856 por el papa Pío IX. Hoy esta celebración pertenece plenamente a la vida de oración de la Iglesia, que mediante el ciclo litúrgico expresa y pone de relieve los momentos más particulares de la vida de Cristo. El culto actual al Sagrado Corazón se alimenta, por tanto, de la devoción y la espiritualidad que se refieren al costado traspasado de Cristo en la cruz como signo de revelación.

5.3. La devoción al Sagrado Corazón

Se trata del aspecto afectivo y personal del cristiano ante el misterio del amor de Dios manifestado en Cristo. Incluye a toda la Iglesia, pues la devoción popular remonta su origen a la experiencia de grandes místicos.

La devoción moderna al Corazón de Jesús, que llega hasta nuestros días, se desarrolló en la Iglesia católica sobre la base de una representación convencional, fruto sobre todo de las revelaciones de Cristo a sta. Margarita M^a de Alacoque: un corazón de Jesús circundado por una corona de espinas del cual salen llamas, con una cruz que domina el conjunto. Esta es la más común, pero junto a ella hay otras representaciones anteriores: san Juan que reposa en el pecho del Señor, la escena del costado abierto, el ángel místico o el Cristo yacente con un sagrario en el pecho, donde se guarda la eucaristía del Jueves santo. Desde la Edad Media, los maestros de la vida espiritual incluyen la devoción al Corazón de Jesús como medio para el desarrollo de la vida cristiana. El Corazón de Jesús aparece como el modelo perfecto del amor que hay que imitar: “aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29).

En la religiosidad popular esta devoción se ha vivido con varias prácticas, sobre todo a partir de santa Margarita M^a: la comunión los primeros

viernes de mes, las novenas, la adoración reparadora, la consagración al Sagrado Corazón, la Hora Santa, etc. Con estas prácticas, el pueblo cristiano ha vivido su fe con sentido profundo: Dios no está lejos del hombre, sino muy cerca de él; en la Iglesia Dios continúa ofreciendo al cristiano los beneficios y los tesoros de su amor apasionado por el hombre. Con esta devoción la Iglesia se libró del peligro jansenista que insistía en el pecado, el castigo y el temor de Dios.

La dimensión afectiva que se incluye en la devoción al Sagrado Corazón significa en principio una gran riqueza humana y espiritual, porque la fe cristiana no puede ser vivida como algo sólo intelectual. La vida espiritual del cristiano necesita de un equilibrio entre lo doctrinal, la liturgia, la oración personal y el afecto.

5.4. La espiritualidad que fundamenta una *Theologia cordis*

La espiritualidad es el aspecto más profundo de la devoción al Corazón de Dios, porque la espiritualidad es un proyecto de vida que tiende a la plenitud de fe personalmente vivida. Entre otras cosas esta espiritualidad del Corazón de Jesús ayuda:

a) a *elevarnos de lo visible a lo invisible*, de lo físico a lo espiritual. El corazón y las llagas, el rostro sangrante, la lanzada del costado, todo ello son señales que nos llevan a lo más alto del amor y el compromiso de Dios con el hombre. La elevación de Jesús en la cruz tiene un valor de plenitud cósmica: Jesús con los brazos extendidos y el costado abierto abraza al mundo entero. El corazón traspasado nos lleva al misterio del dolor en el centro mismo del concepto de Dios como amor³³.

b) a *profundizar*, puesto que el corazón traspasado contiene un movimiento de interiorización del misterio de la salvación. El corazón traspasado y abierto de Jesús en la cruz, tal como ha leído siempre la liturgia, es una

³³ Cf. F. Rodríguez GARRAPUCHO, *op.cit.*, cap. IV, 195-260.

invitación: “venid a mí los que estáis cansados ...” (Mt 11, 28). De ahí la consideración de “puerta del misterio” por la que se entra a lo más íntimo del ser trinitario de Dios como amor y misericordia.

c) a sentir una *presencia*: La escena del Hijo de Dios en cruz nos invita a la contemplación del amor de Dios presente en ese hombre “entregado por nosotros”.

d) a vivir una *participación*: en el misterio del corazón abierto hay una efusión de vida, de la cual el hombre participa. Del costado del salvador brotan sangre y agua, los sacramentos que constituyen la Iglesia y los signos del Espíritu que Jesús entrega para el nacimiento de su Iglesia, esposa virgen que nace del costado del nuevo Adán.

De este modo vemos que la espiritualidad del Corazón de Jesús conduce a un *proyecto de vida* que incluye una característica y peculiar forma de *vivir con corazón*, una cordialidad que abarca todo tipo de *relaciones*, y también influye en las *opciones importantes* de nuestra vida y de nuestra actividad. Si tal espiritualidad es *forma de ser y de relacionarse*, esto se transmite luego en lo concreto de la vida diaria con espontaneidad. Son las llamadas “virtudes” del devoto al Sagrado Corazón.

La espiritualidad y *Theologia* del Corazón de Cristo ayuda a algo esencial para el cristiano: puesto que en el amor y la forma de amar nos jugamos el sentido de nuestra vida, esta espiritualidad y el culto lleva consigo una *purificación del concepto mismo de amor*. A la luz de la revelación de Dios como amor en el Corazón de Cristo conocemos la naturaleza del amor verdadero, que sana y hace crecer a la persona curando sus heridas, con una medida sin límites, hasta llevarla a la plenitud de gloria a que estamos llamados los cristianos por ser hijos de Dios. En esta espiritualidad lo que más cuenta es *la gratuidad* del amor misericordioso de Dios, que no exige nada para dar amor y ser amado, y que, justo cuando éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.

La cristología actual tiene recursos teológicos para un re-centramiento y vuelta a las fuentes que nos hacen comprender la teología del corazón de Dios y del hombre. J. Famerée propone dos caminos:

a) La renovación de la cristología nos reenvía de forma permanente a la persona histórica de Jesús de Nazaret. El nombre de *Corazón de Jesús* debe significar estrictamente la persona de Jesús en toda su riqueza, en la humanidad integral del Logos, hecho carne por nosotros, con su corporeidad, afectos, pasiones, miedos, sufrimientos y con la carga de oscuridad ante el futuro que conlleva toda vida humana. “Las consecuencias de la Encarnación son abismales para el Hijo de Dios y para el mismo Dios trinitario ... siendo el Corazón el símbolo y la manifestación concreta, sensible, del *agapè* insondable que motiva la encarnación del Hijo”³⁴. Jesús ha operado en su historia concreta la llegada del Reino de Dios con la liberación de los hombres en el plano espiritual, físico y social. Porque, “la espiritualidad del Corazón de Jesús no podría ser una espiritualidad profundamente evangélica si se la priva del espesor histórico de la humanidad de Jesús”³⁵. Con toda verdad afirma M^a José Mariño: “El corazón habla también de Dios mismo que en Jesucristo, el Hijo encanado, ‘tiene’ un corazón de hombre, interioridad humana y divina que se nos revela y en la que sumergirnos. Mirar al corazón de Cristo es adentrarse en el misterio divino y acercarse a lo más íntimo de su realidad personal: el Amor. Su interior se abre como acceso encarnado, humanado, al Misterio”³⁶.

b) La espiritualidad del Corazón de Jesús no se puede detener en la Pasión de Jesús o en alguno de sus momentos (la trasfixión, Getsemaní). La Pasión es el desenlace de la proexistencia (H. Schürmann) de Jesús hacia Dios y los hombres, en su insistencia hasta el final de su vida para instaurar el Reino de Dios entre los hombres. La pasión no termina en la muerte, pues si podemos hablar de Jesús como *Kyrios* y Mesías es porque su “causa” terminó en la Resurrección. “Una espiritualidad del Corazón de Jesús está llamada a releer todo el misterio pascual hasta su desembocadura resurreccional para convertirse en una auténtica espiritualidad del Corazón de *Cristo*, símbolo de Dios-Amor (*Agapè*) todo entero, en acción en la travesía pascual, símbolo de la auto-donación radical y fecunda del que

³⁴ J. FAMERÉE, “Theologia cordis’. Por une réinterprétation”, *op. cit.*, 28.

³⁵ *Idem.*

³⁶ M^a José MARIÑO, *Recuperar el corazón. La interioridad como cuestión hoy*, *op. cit.*, 52.

dijo un día según el evangelista Juan: ‘Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere trae mucho fruto’ (Jn 12, 24)”³⁷.

Esta espiritualidad no ha perdido actualidad en lo que constituye su dimensión y significación esencial. Entre otras cosas porque “no es una devoción entre otras, sino que se remite al núcleo de la fe ... La revelación del Corazón de Jesús no es un símbolo abstracto de un amor genérico de Dios por la humanidad, sino la manifestación de una entrega concreta, de un sufrimiento real, de un amor humanamente inconcebible. Es precisamente el acontecimiento realísimo de la cruz, donde se da una concreción carnal que es inimaginable para el hombre ‘religioso’ que imagina pensar a Dios, lo que la devoción al Corazón de Jesús trata de salvaguardar”³⁸. Su actualidad consiste en que “en el Corazón de Jesús, contemplamos a un Dios cómplice de la afectividad, nos viene revelada toda la pasión de su amor”³⁹. Esta devoción nos permite “tocar” a Jesús, no sólo verle o escucharle. S. Agustín comentando el pasaje de la hemorroisa que toca a Jesús para ser curada, afirma: “tocar con el corazón, esto es creer” (*Lumen fidei*, 31).

En los aspectos bíblico, antropológico, cristológico y también lingüístico, simbólico y cultural, *la espiritualidad del corazón* puede decir todavía una palabra significativa sobre Dios y el hombre. Pero también en el ámbito pastoral: “El camino de la interioridad, en cuanto acceso a la experiencia religiosa, puede determinar en la actualidad el éxito o fracaso de numerosos procesos de evangelización y pastoral”⁴⁰. En el plano social, lo que hoy llamamos (desde que el papa Pablo VI consagrara esta expresión) la “civilización del amor” es lo que la *Theologia cordis* pretende aportar como “luz del mundo y sal de la tierra” para una transformación colectiva de las sociedades⁴¹, a fin de sanar los caminos ciegos a los que conduce nuestro

³⁷ J. FAMERÉE, “‘Theologia cordis’. Por une réinterprétation”, *op. cit.*, 29.

³⁸ S. ZAMBONI, “La ferita del cuore”, en: *Testimoni* 6 (2016) 15.

³⁹ *Ibid.*, 16.

⁴⁰ M^a José MARIÑO, *Recuperar el corazón. La interioridad como cuestión hoy*, *op.cit.*, 50.

⁴¹ Nos referimos al “Reino social del Corazón de Jesús” del que tanto escribió el venerable Juan León DEHON para que sea realidad “el Reino del Corazón de Jesús en las almas y en las sociedades”. Cf. Juan León DEHON, *La renovación social cristiana. Conferencias romanas (1897-1900)*, Ed. El Reino, Torrejón de Ardoz 2004; A. PERROUX, *Le témoignage d'une vie. Le Père Jean-Léon Dehon (1843-1925). Fondateur de la Congrégation des Prêtres du Sacré Coeur de Jésus (Saint Quintin)*, Studia Dehoniana 59, Roma 2014, 55-83: Les Oeuvres “sociales” (OSC).

mundo actual, basado en tantas estructuras de injusticia, sobre todo con los pueblos más pobres. Esto supone para los cristianos que viven esta espiritualidad una *actitud de profecía* en medio del mundo, el cual normalmente se rebela contra el dolor que conlleva escuchar la profecía cristiana, tan enraizada en *el dolor mismo de Dios* por el sufrimiento humano. En la situación de la humanidad actual, donde los que tienen la mayor parte de la riqueza no quieren el desarrollo de los pobres, porque no interesa a su economía; ante las sociedades del norte rico, que se cierran egoístamente sobre sí mismas, la espiritualidad del Corazón de Jesús tiene mucho que decir, aunque esto suponga propuestas, sin duda, a contracorriente de la marcha de nuestro mundo hoy.

Y ello porque esta espiritualidad aprende del Corazón de aquél que no se guardó nada para sí, sino que vivió el mayor desprendimiento y total despojo; el que se hizo esclavo y se hizo siervo hasta la muerte, y una muerte de cruz (Fil 2, 6-11); el que clavado en un madero abrió su corazón, rasgando las vísceras de la misericordia de Dios; el que, lavando los pies de sus discípulos, nos dice que reinar es servir y dar la vida es ganarla para siempre, discurso éste hoy ciertamente no muy comprendido, pero *evangelio* de Aquel que con su entrega se hizo “pan de vida” (Jn 6, 35), para que todos tengan vida, y vida en abundancia.